

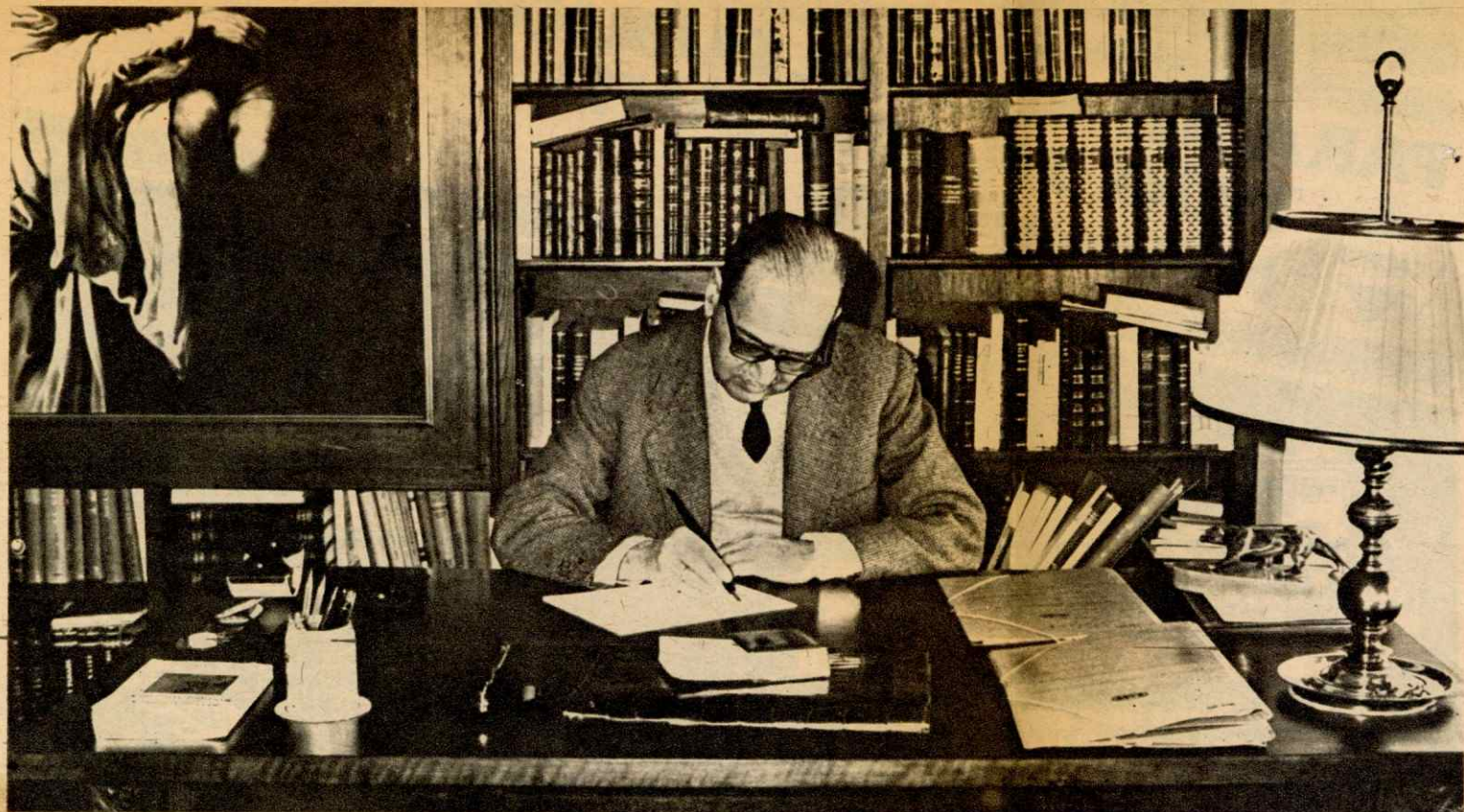
ABC
REPORTAJE

JOSE LARRAZ Y SU "HUMANISTICA"

Por Marina Z-SA



"José Larraz —afirma el autor de este reportaje— ha sido y es una de las mentes más claras y de más constante equilibrio de los últimos cuarenta años." En torno a su última obra, "Humanística", fruto de quince años de intenso trabajo, gira la entrevista con el ilustre historiador que hoy publicamos en nuestras páginas de "ABC reportaje".



"Entiendo que el problema de Europa —afirma el profesor Larraz— está en su institución política y no en la política española."

DESDE la biblioteca de su casa de la calle de Espalter, se ve el jardín botánico, como lo verían hace más de cuarenta años Ramón Pérez de Ayala y Juan Belmonte, que vivieron en esta misma calle.

A la una de la tarde, José Larraz está aún en bata. Sobre su mesa de trabajo hay un libro abierto y varias cuartillas manuscritas. Durante los últimos quince años su vida ha transcurrido, en gran parte, en el ámbito espacioso de esta biblioteca, en afanoso estudio e ilusionada investigación.

No sabemos con certeza si este empeño es pura complacencia o, por el contrario, reacción ante el medio que sin empuñar sus lealtades le aconseja replegarse en su intimidad.

José Larraz ha sido y es una de las mentes más claras y de más constante equilibrio de los últimos cuarenta años. Su historia es fulgurante: ganó las oposiciones a abogados del Estado a los veintidós años con el número uno de su promoción. Destinado en la Dirección de lo Contencioso, cesó para desempeñar la Asesoría jurídica de don Miguel Primo de Rivera, entonces presidente del Consejo de Ministros.

Pensionado a Bélgica por la Junta para Ampliación de Estudios, realiza investigaciones que luego recogería en su libro «La economía de Bélgica».

Alternó sus tareas profesionales con el cultivo del periodismo económico-financiero, y ya a los veinticinco años gozaba de un gran prestigio en los medios de la economía española.

En 1934 reorganiza el Consejo de Economía Nacional y es nombrado vicepresidente del mismo. Un año después desempeña, por muy poco tiempo, el cargo de comisario general del Trigo.

Jefe del Servicio Nacional de Banca, Moneda y Cambio, con el primer Gobierno de Burgos; desempeña la cartera de Hacienda (1939-1941). Sus más importantes realizaciones en ese tiempo fueron la con-

versión de la Deuda, la ley de Desbloqueo, el reintegro de la Administración española al régimen de presupuesto anual y la reforma tributaria del año 40.

Académico de Jurisprudencia y Legislación desde 1939 y de Ciencias Morales y Políticas, en 1943, trabajó intensamente en su bufete de abogado hasta 1960 en que decidió darse de baja en el ejercicio de la profesión para dedicarse al estudio.

«HUMANÍSTICA», QUINCE AÑOS DE TRABAJO

Su libro «Humanística» (para la sociedad atea, científica y distributiva) es el fruto de quince años de intenso trabajo, que está siendo objeto de comentarios muy contradictorios. Para unos, es un libro retrógrado, de un beato que rechaza la democracia del sufragio universal y desearía retornar a la Edad Media, viendo con pesimismo cuanto toca al occidente contemporáneo y su juventud. Para otros, es un libro más que progresista, que pretende no estatificar, sino socializar la gran empresa mediante un tratado multilateral al través de la Organización Internacional del Trabajo; que considera necesaria la institucionalización de la Economía corporativamente, para reducir el Estado a sus funciones mayestáticas —arbitraje interno, justicia, relaciones exteriores, defensa—; que supuestas estas previas y hondísimas transformaciones, la democracia jacobina del XVIII no le sirve ya; que discrepa de los políticos y periodistas alegres y confiados, que ven con color de rosa, dejando a un lado la óptica realista, las cosas de las democracias y de las juventudes y de las costumbres occidentales; que vive en su intimidad la experiencia religiosa, pero que no puede ver con mejores ojos el ecumenismo cristiano...

¿Quién tiene razón? Cuando se ha leído el libro, sin releerlo, hay que hablar con

el autor antes de tomar la pluma para dirigirse al público. Desde luego, José Larraz cuenta con un pasado que le abona. Nunca ha aceptado que el espíritu humano se vea encerrado en el dilema: o sistema anglosajón, o sistema ruso; pensó y piensa que hay otras soluciones mejores e invoca para ello razones de calidad. Certo, que no anda ahora haciendo política, ni forzando las cosas con el Mercado Común.

—Pero en mayo de 1936, con el Consejo Editorial de «El Debate», traté de que se reprodujeran las condiciones de 1934 y de que la política le sirviera al Ejército el papel de defensor del orden, en lugar de obligarle al levantamiento. Claro es que, después, la constitución de 1931 no hubiera servido.

En los veintidós meses que fue ministro de Hacienda restableció lo esencial de la vida financiera del país tras la guerra. Dimitió hace treinta y un años. Fue en 1946 cuando escribió muy concretamente sobre la reforma de la empresa y de la economía. Y en 1949 cuando levantó en España la bandera europeísta, concretándola, a poco, en la federación de los Estados Unidos de Europa.

—Entiendo que el problema de Europa está en su institución política y no en la política española, entristeciéndome de que no cunda esta opinión y de que tantos españoles de calidad entreguen poca reflexión al asunto.

Ahora bien, todo esto es ver el libro de Larraz desde un rasero bajo. Es preciso comenzar a tomar altura. Larraz no desea la dictadura de un partido comunista, ni el régimen demo-liberal. Piensa que desde ha muchos siglos existe el concepto del Bien Común que es más integrador y más complejo, y más coordinador que la simple libertad, o la simple igualdad, o la simple socialización, o la simple razón de Estado.

—Pero tal concepto no estaba completamente elaborado, para lo cual hay que comenzar por limitarlo a la vida terrenal

y separarlo del hermoso dogma de la comunión de los santos.

EL BIEN COMUN

Los capítulos dedicados por Larraz al Bien Común son una novedad que suma erudición y originalidad, de muy interesante lectura. La política social, la política a secas, así como la economía resultan configuradas de muy distinta manera que cuando se enfocan desde puntos de vista especializados. En el libro de Larraz no cabe que el hombre masa del occidente sea al mismo tiempo, en la economía, un subordinado; en la política social, un pupilo tutelado; en la pura política, un soberano. Ni tampoco cabe que deje de ser soberano en una alicuanta determinada, como acaece en los regímenes comunistas y totalitarios.

En esta obra, la doctrina del Bien Común está precedida de un esquema y de una teoría de la historia. El esquema de la historia no tiene nada que ver con los manuales tradicionales de dinastías, reyes y batallas, que de cuando en cuando consagran un capítulo a la «civilización»; ni con las actuales «historias de la cultura», tan dadas a las letras y a las bellas artes y a la filosofía.

El autor ha visto cuáles son los principales factores estructurales y fructuales de la sociedad dirigente actual; los ha comparado con los de la sociedad primordial; los ha unido con líneas rectas, y este haz de rectas le ha servido para penetrar en la historia real, construir su esquema, advertir la transformación de las líneas rectas en la mayor parte de los casos y, con el haz transformado, formular sintéticamente la teoría.

Estructuralmente la Historia ha caminado hacia una sociedad de clases medias cuyas formas sociales y políticas están aún en tela de juicio, bien que la Historia advierte que ni la democracia igualitaria, ni la dictadura estatizante han registrado las máximas frecuencias sugiriendo otras formas. Fructualmente, lo techno-económico y lo religioso han alternado cíclicamente en correlación inversa. El Bien Común es el centro de atracción de la Historia, mas parcialmente, pendularmente, contradictoriamente.

La teoría histórica de Larraz abona que las dos revoluciones —la francesa y la rusa— acabarán en una meta común. ¿Por convergencia concordante? O ¿por previa sumisión del occidente al comunismo, evolucionando luego todo el gran imperio ruso hacia la «meta»?

En este punto se da, ahora, una carrera entre las dos posibilidades, con muchos factores adversos para el occidente. Todo depende de las relaciones ruso-chinas. Todo depende de que el pueblo ruso medite qué le importa más, si su suerte o la suerte de los «apparatchiks» del partido. O Rusia y Europa se unen en la vida contractualmente —como Pedro y Catalina— o se unirán en la muerte. El dogmatismo y la ambición de los «apparatchiks» son muy peligrosos.

El autor se detiene luego ante un futuro más lejano y más grave, que tiene tras sí poca historia, pero que cuenta con los datos necesarios y suficientes para plantear un problema de no fácil solución.

El siglo XX comenzó con una población mundial de 1.600 millones de habitantes; terminará con cerca de 7.000. El siglo próximo, siguiendo la misma proporción, concluirá con cerca de 30.000 millones. La sola ignición solar puede permitir una historia humana 500 veces mayor que la pasada. Una tecnología biológica

“Estructuralmente la Historia ha caminado hacia una sociedad de clases medias cuyas formas sociales y políticas están aún en tela de juicio.”

deshumanizante se adivina. Toda la enorme multiplicación de materia orgánica y del tenor de vida descansa sobre la base inorgánica del suelo, de los océanos, de la atmósfera, limitada. Un día —si no se previene— sobrevendrá la catástrofe supramalthusiana. Con ella o sin ella, tras el horizonte se intuye la evolución hacia una sociedad de población moderada, estable y austera, relacionada con una gran reacción religiosa, un poder mundial, una planificación científica y un control de la tecnología.

Todo lo expuesto va precedido en la obra de Larraz de un compendio cosmológico tan grandioso como es —en espacio y en tiempo— la cosmología presente de millones de galaxias.

LA VIDA INTERIOR DEL HOMBRE

—La obra acaba en la vida interior del hombre. ¿Qué soy yo? ¿Quién soy yo? Sólo la madurez personalísima nos soluciona el problema de quién soy yo, y en torno de tal solución se nos concentran la memoria, el sentido divino y la voluntad, y la conciencia moral personales. Al fin, se aborda el problema de la supervivencia.

Larraz, entre permanecer mudo sobre su vida interior y religiosa, o aportar su experiencia personal, íntima, no vacila. Tiene que vencer una gran resistencia, pero la vence. Y la filosofía corrobora la experiencia interior, que pueden repetir con algo de constancia y de paciencia todos los hombres, aún aquellos en quienes están atrofiados el sentido divino y la conciencia moral.

—Por muy larga que sea la historia, por naturalmente que se produzca una evolución orgánica en el hombre, Dios nos presidirá eternamente. Los progresos de la ciencia no podrán impedir la reacción religiosa, a la larga, inevitable. Antes al contrario, aunque la vida se haga más austera, la energía atómica y la cibernética nos liberarán de trabajo económico, y el gran trabajo del hombre será hacerse a sí mismo en la virtud, o deshacerse en el vicio. Mas un día surge el hastío del vicio. En Tí, Señor, está nuestra esperanza. Así acaba la Humanística.

Del Bien Común, al través de la vida interior, el libro de Larraz nos eleva a Dios, que es el punto de concentración de todos los saberes humanos.

—En definitiva, la «Humanística» no es otra cosa que la codificación unitaria de lo esencial de los saberes sobre la persona humana, es un fondo cósmico. Es un «corpus», en el puro sentido de la palabra, contrario a la sociología comtiana y a la historiología marxista, y opuesto a la «diversidad» de tratados aristotélicos que dejó en tela de juicio la primacía de la moral sobre la política, o de la política sobre la moral. No se olvide: un «corpus» que obliga a perfeccionar sus miembros.

Larraz presenta su obra como un borrador, como un primer intento imperfecto, que entrega al trabajo superador de hombres más jóvenes que él. Pero Larraz tiene una gran contrariedad: es español. Si no lo fuera, la «Humanística» estaría llamada, rápidamente, a figurar en los escaparates de las principales librerías occidentales.

Marino GOMEZ-SANTOS

